

YO TAMBIÉN, MAMÁ



Josep de Martí Vallés

YO TAMBIÉN, MAMÁ

Josep de Martí Vallés

Diseño de portada Aina Pongiluppi Gomila

Gracias a Alex Herrero, Susana Sierra y María Gandía que me han ayudado mucho en esto de escribir ficción

PRÓLOGO

Llevo unos cuantos años escribiendo artículos, textos para la docencia, posts, noticias y cosas por el estilo. Siempre ensayo. Lo más parecido a la ficción son los casos prácticos del Rincón del Director que publicamos en Dependencia.info.

Hace un tiempo me vino a la cabeza una idea que podía acabar teniendo forma de novela. Me puse a escribir y vi lo difícil que era esto de la ficción por lo que pedí ayuda a personas entendidas que con mucha paciencia me han enseñado cosas muy interesantes, me han leído de forma crítica y me han ayudado mucho a dar forma a esta “novelita”.

No tenía idea de publicarla (o hacerla pública on-line) de momento. Me parecía más bien un divertimento de uso propio. La explosión de la pandemia, de alguna forma le ha dado actualidad al tema sobre el que escribía por lo que he decidido acabarla y regalarla el día del libro de 2020, mientras convivo de forma muy cercana con mi mujer, mi hija y mi madre, que vino a pasar el confinamiento con nosotros pensando que serían dos semanas, y ya lleva más de un mes. Ahora andamos preparando su 84 cumpleaños que será en pocos días. Con mis otros dos hijos comparto esa forma de intimidad en la distancia que se está imponiendo durante la pandemia.

A mi madre, a mi mujer y a todas las madres del mundo va dedicado este texto.

23 de abril de 2020

AYER

Durante un momento la pierna había dejado de dolerle. Las figuras se alejaban por la llanura, las veía con claridad: hombres y mujeres cargados con armas, algún bulto o un niño en brazos. Y entre ellos, un joven, apenas un crío, que se obstinaba en mirar hacia atrás cada pocos pasos con semblante ansioso, clavando sus ojos en él que, desnudo, había quedado tendido en el suelo.

El joven jugueteaba con su carga, cambiando de mano la lanza y la piedra afilada que todavía no había tenido que utilizar.

El viejo se la había dado cuando su sombra aún no se alargaba un palmo. El tacto de esa piedra le hacía sentir un cosquilleo, parecido al sentimiento de la primera vez que mató a un animal para comer.

Uno por uno, todos los miembros del grupo habían abrazado al viejo y alguno de ellos había recibido de él sus escasas pertenencias. Después, habían entonado una canción y habían seguido la marcha.

No podían detenerse, debían seguir. Sabían que si se quedaban rezagados no podrían cazar, abrigarse...vivir.

Ahora, sus sombras se alargaban ya casi el doble y todos seguían caminando, algunos pasaban a su lado, como si le empujaran a no mirar atrás.

¿Quién podría sustituir al viejo? Él sabía identificar, de un simple vistazo, qué animal era el más adecuado para cazar, cuándo iba a cambiar el tiempo o qué frutas silvestres eran buenas y cuáles no. Estaba contento de tener su lanza y su piedra, pero tenía miedo.

El viejo también lo tenía. Nunca antes había estado solo.

El dolor de la pierna había vuelto y esta vez no encontraba la posición adecuada para aliviarlo. Se dio la vuelta hacia el horizonte. Su pierna quedó un poco más estirada, levantando un polvo rojizo al rascar el suelo con el pie.

Era presa fácil. Muchas veces había seleccionado al animal débil de una manada como objetivo de la caza, ahora era él el débil. Debían seguir andando, aquél chico debía seguir adelante.

Siempre había sabido que se quedaría atrás, que descansaría solo, pero lo tenía mucho más presente desde que habían empezado a llamarlo “viejo”. No podía distinguir el dolor de saberlo del dolor de la pierna, pero era lo de menos.

Podrían llevarlo a cuestras, solo un rato. No, no era él el que pensaba eso, era la locura que posee a los que se quedan atrás. Él no podía ser menos que los jóvenes heridos, los enfermos, los recién nacidos demasiado débiles para sobrevivir que se habían quedado por salvar al resto.

El ritual era un momento triste y alegre a partes iguales. Todos lo habían abrazado y le habían expresado su respeto. Cuando su madre quedó atrás, él también lo había hecho, aunque era muy cachorro para comprender, había llorado y había querido quedarse con ella, le había tirado del pelo y se había agarrado con fuerza. Pero las demás mujeres le consolaron y lo llevaron en brazos durante mucho tiempo, una de ellas, que tenía el pelo de color más claro y era mucho más fuerte que su madre, lo hizo lo que duró el resto del día, mientras sollozaba hasta dormirse y despertó en la noche al rededor de la hoguera, los días siguientes se habló de ella con gran respeto. Aquél día no había podido cantar, desde entonces intentaba cantar por ella siempre que alguien se quedaba atrás, incluso días después del ritual, como hacían con los que morían cazando. Sonrió al pensar que se iba a quedar solo con el secreto de haber cantado tantas veces para ella sin que nadie lo supiera.

No había sido poseída por el lobo negro. Ahora lo entendía.

No le daba miedo el lobo negro, *una vez entra en ti ya no eres el mismo*, temía el fin de la manada. La muerte definitiva de todos: los niños sanos, las mujeres que podían tenerlos, los cazadores. Solo se habían encontrado con él una vez: un viejo débil, que no había podido soportar quedarse solo. Hubo gritos, llantos y una pelea, hasta que alguien gritó que el viejo ya no era el viejo. El lobo negro había entrado en su interior e intentaba engañarles para que se rezagasen y muriesen todos. No escucharon sus suplicas, no oían lo que decía, hicieron lo que había que hacer con el lobo: matarlo.

¡Lobo negro! Gritaron. ¡Vete! Todos, los que tenían fuerza para levantar una piedra del suelo y lanzarla, lo hicieron. Recordaba el pánico al reconocer en sus ojos al monstruo y darse cuenta de que ya no era el viejo por dentro, no merecía serlo por fuera. La liberación de hacer que el anciano, piedra tras piedra, golpe tras golpe, dejara de ser el anciano y fuera, al fin, un animal. Un animal muerto. Un lobo muerto.

Nadie entonó canción alguna ni rememoró sus cacerías. Nadie volvió a hablar de él jamás, salvo en una ocasión en que un niño lo hizo y todos escupieron y gritaron para espantarlo.

Pero él era él, era distinto, debían llevarlo un rato a cuestras, aguantarlo en la última fila de la manada, un rato más, mejoraría, su pierna mejoraría pero debían aguantar con él un poco más. Una descarga de dolor lo devolvió al polvo.

Ah, pero siempre quedan los lobos blancos. Cada miembro del grupo tenía el suyo. A veces un canto rodado, otras una ramita con una forma extraña. Siempre algo pequeño que pudiera sujetarse con una mano. Cuando, durante la travesía o por las noches, se escuchaba algún ruido sospechoso, muchos se aferraban a su amuleto antes incluso de buscar las armas.

La primera vez que oyó hablar de los lobos blancos fue por boca de la mujer que lo abrazó hasta dormirse. Tendido como estaba, le pareció verla, tan clara ante el fuego de la hoguera como en ese mismo momento el sol sobre la manada.

—No temas la noche— dijo— tu madre ahora es un lobo blanco, encontrarás algo que te llamará, que sabrás que es para ti y sabrás que un lobo blanco te protege.

El viejo notaba ahora en su mano la suavidad de su lobo blanco. Una piedra que había encontrado en el lecho seco de un río y que tenía la peculiaridad de no estar nunca fría.

Dobló la otra pierna. *No temo por la noche, sé que me llamas, y que debo quedarme. No temo al lobo negro.* Ahora le tocaba a él convertirse en protector del grupo.

El sol gritó un poco más fuerte, en poco se apagaría, la imagen de su *no madre* desapareció.

¿Cómo se convertiría en lobo blanco si se lo comían los buitres? Los carroñeros se agrupaban volando en círculos sobre él. La tierra se volvía gris, amarilla, negra.

Durante un momento ansió proteger a la manada. Le estaba costando respirar, pero su pecho se hinchó de orgullo al saber que ahora podría protegerlos para siempre.

El chico miró atrás una vez más, entrecerró los ojos y le pareció ver algo, junto al viejo. Comenzó a caminar de nuevo, más rápido.

El viejo tendió la mano hacia ellos y ansió gritar, pero no lo hizo. Apretó el punto central de su amuleto por última vez.

No te dejaré entrar.

El grupo se desdibujaba en la distancia, ya no era capaz de distinguir las miradas lejanas del joven a quien había entregado sus armas, eran pequeños cantos rodados que el sol se llevaba más allá del horizonte. El agudo dolor y los temblores volvieron y vio algo un poco más oscuro que la noche entre los arbustos. *Ya está aquí.*

MAÑANA

—¿Cómo puedes llegar a ser tan egoísta?

Ya lo había dicho, miró a su madre con incredulidad e indignación, reclinada en la cama y apoyada en los cojines, se dio cuenta de que su madre parecía mucho más joven de lo que era, el ardor de la conversación la llenaba de vida.

—Lo siento hija, no estoy preparada—estaba harta de repetirlo — Espera a que no pueda decidir y entonces hazlo tú.

—Tienes noventa y dos años, mamá— le reprochó.

Se hizo un incómodo silencio durante el que ambas fueron repasando la decoración de la habitación intentando no cruzar la mirada.

El dormitorio se había mantenido como una especie de santuario en el que pervivía encapsulada una burbuja de tiempo pasado. A primera vista, tenía el aspecto que se hubiese considerado normal cincuenta años atrás, la cama, por ejemplo, con una colcha de ganchillo doblada a los pies y unas sábanas con una estrecha banda de encaje en el dobladillo. Pero, bajo ese revestimiento reconocible, se ocultaba un colchón realizado con materiales inteligentes y una serie de motores y sensores que hacían más cómoda y segura la permanencia de una persona en esa unidad de descanso monitorizado.

Las fotografías, impresas en papel, y contenidas la mayoría en marcos de plata, relataban la historia de una vida que, al igual que ellas mismas, iba desapareciendo y cambiando de color hacia tonalidades oníricas. Ana y Raquel detuvieron inconscientemente la vista sobre la misma imagen en la que aparecían las dos abrazadas sosteniendo en la mano un pequeño trofeo. Raquel se esforzó sin resultado por recordar

cuándo se había tomado. Ana, en cambio, guardaba un recuerdo vívido de aquel momento, habían pasado siglos pero no le costó recordar el trofeo de piano que había ganado a los diecisiete años.

Mientras Ana miraba las cortinas y el sillón, intentó encontrar algo que decir para romper el vacío. La ansiedad había empezado, lo notaba en la boca del estómago, intentó ignorarla. Sabía que tenía que ser reconfortante, pero lo único que conseguía era fruncir aún más el entrecejo.

—Es que no te entiendo— dijo, entrecortada— No sé si no quieres darte cuenta o si es que ya te está afectando la cabeza...

Lo había vuelto a hacer. Intentaba ser cálida y había sido agresiva. La cama empezaba a moverse, al principio un pequeño chirrido y luego el ruido constante de un motor que, claramente estaba diseñado para no hacer ruido sin mucho éxito. El movimiento del colchón era suave y lento como una ola.

—¿Tienes miedo?

Raquel estaba ahora tumbada de costado y el colchón empezaba a volver a su forma habitual.

—Soy mayor, estoy enferma, pero, de momento, no estoy sufriendo y sé muy bien lo que me digo. Así que, gracias, pero no.

Sabía que Ana era inteligente pero también que nunca mostraría ante ella lo que realmente pensaba y sentía. Y era culpa suya.

Cuando Ana se enfadaba mucho, ella intentaba mantener la calma. Con Víctor todo había sido diferente, él siempre había sido su niño, y le había permitido cosas que su hermana mayor ni hubiera soñado.

Lo que no había podido nunca imaginar era que esa dureza la haría más fuerte, en cambio Víctor había ido siempre a salto de mata, de trabajo en trabajo, de relación en relación, con pausas entre unos y otras en las que sus padres siempre le habían ayudado de buen grado. Con Ana habría tenido que hacer un esfuerzo. ¿Quién dijo que las madres no tienen favoritos?

Tras la muerte de su marido, ese trato desigual, esa aparente injusticia se había convertido en un pensamiento recurrente que le venía a visitar en las noches en que le costaba conciliar el sueño.

— ¿Qué dice él de todo esto? ¿Se lo has dicho? Estoy segura de que él pensará que es una locura.

—Mamá. Víctor no se ha atrevido a venir porque le da vergüenza, pero claro que lo sabe. Hace semanas que hablamos y ha sido él quien ha ido a recoger toda la información de los servicios sociales.

—No me lo creo—dijo tajante, y una de sus manos tembló un poco, ofreciéndole a Ana una prueba irrefutable de vulnerabilidad— Ha sido idea de Alex.

Estaba perdiendo la compostura que normalmente mantenía al hablar con su hija. Siempre pensaba las cosas antes de decirlas pero ahora se encontraba abatida. ¿Dónde estaba Víctor?

— ¡Ay mamá, no empieces! A Alex le caes bien a pesar de cómo lo tratas y lo de su padre fue voluntario, nadie le dijo nada, él mismo lo pidió.

— Él era diferente. Tu suegra había muerto hacía muy poco y estaba deprimido, le empujasteis entre todos. En vez de apoyarle para seguir en su casa le fuisteis con la cantinela del egoísmo. Sí, tú, sus hijos, sus propios nietos y los cabrones del gobierno. Todos empujando. ¡Pues yo no quiero! Que vengan de los servicios sociales, del ministerio y de dónde quieran, se lo diré claro como te lo estoy diciendo. Víctor se va a enfadar mucho cuando...

— ¡Mamá! Víctor es quien más lo necesita.

Por primera vez desde que habían empezado a hablar se cruzaron una mirada directa. Ana notaba la presión en el estómago y al rededor de los ojos que conocía de otros momentos de ansiedad mientras Raquel se negaba a entender.

—Tonterías.

Habían llegado al punto en que no podía seguir el tono de su madre, como si se tratara de un niño con una rabieta, Ana consiguió controlarse y se acercó ofreciéndole su mano. Raquel, en un primer momento, hizo amago de retirarla, pero solo fue una fracción

de segundo, quería a su hija y ni ella misma estaba del todo convencida de lo que estaba haciendo.

— No, mamá, no lo son. Víctor no puede seguir como está. No sé qué te cuenta pero no le van bien las cosas, apenas tiene para vivir y ha tenido que pedir un crédito para pagar los impuestos.

— A mí no me ha contado nada de eso.

Ana notó que algo se relajaba en su interior y suspiró de forma ostensible.

— Ya sabes que él no hace caso. Se obcecó en que no quería traer hijos al mundo y ahora tiene que pagar la tasa cero— vio una pequeña grieta en su madre, estaban hablando de manera razonable, y aprovechó la ocasión— Sabes que si haces lo correcto él se beneficiará.

— Puedo pedir una revisión de la valoración.

— ¿Pero sabes lo que cobran por la tasa?— de nuevo, ahí estaba, la tensión en la boca del estómago, ya le empezaba a costar disimular— Además no conozco a nadie a quien le hayan revisado un nivel 3C. Y ni siquiera para el procedimiento.

— Quizás si hablásemos con alguien de la administración...

— Por favor, mamá... ¿Con quién? Ya sabes que ahora son todo microdirectivas. No hay nadie con quien hablar.

Raquel no tenía ni idea de lo que eran las microdirectivas y siguió exponiendo sus argumentos como si fuesen troncos con los que intentase hacer fuego en medio de una tormenta de nieve.

— Mamá, esos programas hacen que no tenga ni que venir nadie a verte para tener una resolución...

— Tengo ahorros— interrumpió—, si me ayudáis un poco, podría quedarme en casa.

— ¿No has estado escuchando nada de lo que te he dicho?— gritó, por un momento, se sintió un ápice superior a su madre— ¿Por qué quieres ponerlo tan difícil?

Empezaba a notar la presión en las sienes, sabía que era hora de huir.

— Mira, me tengo que ir— tenía que acabar bien la conversación, tenía que hacerlo— pero mañana vuelvo y seguimos hablando. Te he dejado la cena preparada, solo tienes que calentarla. ¿Me das un beso?.

Sesenta años de relación entre madre e hija se concentraban en esa pregunta. Después de cada discusión, de cada enfrentamiento, Ana temía que su madre decidiese ignorarla.

— Acércate cariño— el abrazo se alargó durante unos segundos como si ninguna de las dos quisiera soltar. Ana se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta conteniendo a duras penas las lágrimas.

En el ascensor, apoyada en la pared cerró los ojos e intentó relajarse. Al abrirlos y verse en el espejo notó una forma de malestar diferente. Se vio vieja y fea, las lágrimas le habían deformado las rayas de los ojos y acercándose un poco no le costó descubrir las imperfecciones y arrugas de su piel bajo la capa de maquillaje. Tocó todos los botones del ascensor para que fuese parando en cada piso y aprovechó esa estrategia de la infancia para retocarse la cara hasta conseguir un aspecto que consideró solo ligeramente patético.

Al salir, descubrió a su hermano que, sentado en la mesa más cercana al escaparate de cristal de una cafetería, le hacía señas con la mano. En la misma mesa, una mujer miraba un pequeño dispositivo que tenía entre las manos.

Ana cruzó corriendo la calle y entró en el local, incómoda al pensar que se le debía ver claramente en la cara que había llorado. Habían quedado para ir a ver a su madre juntos y, en el último momento, él se había excusado insistiendo en que fuera ella ya que no había tiempo que perder, pero, ¡qué casualidad! Ahora lo encontraba allí. Tenía la desfachatez de hacerle entrar en la cafetería en la que tantas veces habían merendado con sus padres cuando eran pequeños. La misma cafetería en la que ella se encontraba con Alex cuando eran novios, a la que había entrado con sus hijos cuando venían a ver a los abuelos. Y hoy estaba ¡con una extraña!. Lo último que le apetecía era conocer a una nueva pareja de su hermano.

A pesar de todo, era una persona educada, se acercó a la mesa intentando tener en la cara una sonrisa neutra.

Víctor se levantó antes de que ella llegase y le dio dos “casi besos” sin llegar a tocarse.

— ¿Qué tal todo?—preguntó él— Llevamos un rato aquí. Te iba pedir un café pero no sabía cuando bajarías.

— No te preocupes— se dirigió hacia la mujer, intentando hacer algo más sincera su sonrisa— ¿Nos conocemos?

No se parecía en absoluto a las mujeres con las que su hermano solía salir. El peinado, la ropa, el porte... todo era demasiado corriente.

— Margarita Esplugues. Mucho gusto. – La mujer hizo una casi inapreciable reverencia con la cabeza haciendo que Ana frenase el movimiento instintivo que le llevaba a saludar con dos “casi besos”. Desde hacía unos años el contacto físico entre personas se reservaba únicamente para los más cercanos.

— Trabaja en el Área Jurídica del Departamento de Servicios Sociales y es profesora en la Facultad de Trabajo Social— intervino Víctor, señalándola con un gesto nervioso del brazo, casi un espasmo —Tenemos un amigo común y he pensado que, como es experta, nos puede aconsejar en estos momentos. De hecho, en el ratito que llevamos me ha empezado a explicar cómo salió lo de la Ley de Vida Digna.

Ana seguía intrigada, la mujer, con voz pausada fue la que tomó la palabra.

— Es cierto que trabajo en la administración y doy clases, pero también colaboro en un gabinete de consultoría social en el que asesoramos y acompañamos a las familias en procesos de valoración y la correcta toma de decisiones. Precisamente le explicaba a su hermano que su madre es la única que puede decidir. La Ley es muy clara, mientras haya capacidad cognitiva nadie puede suplantar la voluntad— la Sra. Esplugues acabó la frase con una media sonrisa que intrigó aún más a Ana.

— ¿La ha contratado Víctor para que nos asesore?

— No, todavía nadie ha contratado nada—se excusó rápidamente—. La idea era que hoyuviésemos una entrevista en mi despacho para intentar resolver dudas iniciales y establecer un plan de actuación. De hecho, en el gabinete somos un equipo de profesionales que trabajamos de forma interdisciplinar para acompañar en el proceso

desde una perspectiva bio-psico-social, pero también espiritual, claro. Una vez presentado todo el asunto, deciden ustedes si les interesa...

— Perdona, pero estoy un poco confundida— Ana lanzó una mirada inquisitiva a su hermano pidiéndole sin palabras una explicación por aquella encerrona.

— Es normal que lo estés. La reacción más normal cuando empieza el proceso es la sorpresa y la confusión, por eso creo que vale la pena escucharles, a ver qué podemos ganar en todo esto— dijo Víctor y sonrió a su hermana a sabiendas de que eso no era una gran explicación. Decidió reservarse para sí que le había dicho a la consultora que su hermana estaría contenta de recibir ayuda, y esperaba que fuese ella la que se hiciera cargo de la factura cuando ésta llegase.

Pidieron algo de beber, enseguida Ana vaciaba un sobre de azúcar en una infusión, Víctor lamía una cucharilla bañada en chocolate caliente y Margarita Esplugues sorvía poco a poco un café solo.

— Si es por el dinero, no tienen que preocuparse— espetó Margarita, aprovechando que la situación se había calmado con el ritual de las bebidas—, la primera entrevista nunca se cobra. Si hubiesen venido al despacho les habría presentado a los otros miembros del equipo pero, si quieren, les puedo explicar un poco el proceso e intentar resolver las dudas que puedan tener.— El tono conciliador apaciguó un poco a una Ana que seguía en tensión.

— Bueno. Ya que estamos aquí, supongo que podemos hablar. ¿Qué nos tiene que explicar?

— Eso depende, ¿qué es lo que quieren saber?

— A mí la parte económica me preocupa bastante— dijo él— no le voy a mentir. Pago la “tasa cero” desde que salió y no sé si podría afrontar muchas más cargas...

— Perdona, Víctor. ¿Por qué no hablamos de mamá? Lo último que me ha dicho es que quiere pedir una revisión de la valoración y yo solo sé que es muy cara y que casi siempre se rechazan. ¿Usted sabe de eso?

— Sí, aunque quizás deberíamos empezar por el principio. ¿Les suenan los principios de solidaridad y sacrificio?

— No – respondieron ambos al unísono.

— Si tienen un ratito les puedo explicar cómo hemos llegado hasta ahora para que puedan así ayudar a su madre a tomar la decisión más adecuada.

— Sí, vale, eso, explíquelo cómo si no supiésemos nada.— Víctor se aproximó a la mesa y comprobó, disimuladamente, que su hermana estaba mostrando el mismo interés que él.

— Me parece que tenemos más o menos la misma edad – empezó con tono académico – por lo que creo que hemos vivido el proceso como parte de nuestra vida. Recordarán cuando, pasada la pandemia de 2020, la población de más de 70 años superó el 30%. El sistema de protección empezó a caerse a trozos. Para entonces la participación política era bajísima, el Partido de los Jubilados ganó las elecciones y declaró las pensiones como de pago prioritario. El gobierno duró solo dieciocho meses por la “ola de la objeción” ¿se acuerdan? Los funcionarios se negaron a tramitar expedientes si no se garantizaba que su salario pasaba por delante del pago de las pensiones. Al final el nuevo gobierno alcanzó un compromiso, pero las cosas siguieron de mal en peor. En esos años apareció el movimiento por la solidaridad y el sacrificio que propugnaba que las personas de más de 75 no votasen y las de más de 85 años se sacrificasen por los demás. Al principio no eran más que unos blogs, alguien difundiendo frases y vídeos. Parecía una broma. La victoria del Partido de los Jubilados echó leña al fuego. Varios profesores de universidad publicaron estudios. Algunos iban por el lado económico analizando lo que los nacidos en el baby boom del siglo XX habían aportado y cuánto iban a costar: ¿Se acuerdan de la balanza fiscal vital? ¿Se acuerdan de la camiseta “Suicídase, abuela”?— dijo, sin ahorrarse el gesto de hacer comillas en el aire.

Cada vez que preguntaba durante su exposición, Víctor asentía con la cabeza manteniendo una mirada de interés y ocultando que lo que estaba oyendo le sonaba vagamente familiar. Ana no se había movido un ápice. Se estaba sintiendo incómoda ante la lección de esa mujer con aspecto vulgar pero que parecía saberlo todo. Se sentía como si le estuvieran haciendo un examen en el colegio. ¿Por qué asentía Víctor? Si no tenía ni idea.

Ella había estudiado pero nunca se había sentido interesada por la política y hacía años que había dejado de leer, escuchar o ver noticias en cualquier medio, eran siempre deprimentes. Seguía algunas redes y se comunicaba con amigos por medio de microchats.

— Otros, plantearon una aproximación antropológica—siguió la Sra. Esplugues —, pero lo que hizo más popular esa forma de pensar fueron dos cosas: “los suicidios de Alcañete” y La ascensión del Obispo Cueto.

— ¡Me acuerdo de lo de Alcañete! – Víctor lo dijo de una forma que dio a entender a su hermana que era lo primero que, hasta ese momento, le había sonado vagamente familiar. También ella recordaba que un grupo de personas mayores se habían reunido en un complejo de turismo rural, habían grabado mensajes de despedida y se habían tomado un cocktail de medicamento que les había matado plácidamente.

— ¿Cuántos fueron? – preguntó Ana, que manteniendo el rechazo hacia la profesora, sentía curiosidad.

— Aunque se llegó a decir que habían sido cien, lo cierto es que fueron dieciséis. Lo que pasó es que en los meses siguientes se superaron los cuatrocientos contando a los espontáneos que decidieron sumarse por su cuenta. Las redes sociales y los medios tuvieron mucho que ver, en los primeros días no hubo ni atisbo de análisis crítico. Los mostraron como personas comprometidas que se habían sacrificado por sus hijos y nietos. Habían dejado mensajes en vídeo para las familias pero al principio solo se filtraron dos o tres en los que parecían personas verdaderamente preocupadas por el mundo dispuestas a darlo todo por los demás. La verdad es que vistos en conjunto, la mayor parte tenían algún desequilibrio serio. Los que les siguieron estaban aún peor. Eran personas desesperadas, la mayor parte vivían solas, el sistema no los soportaba como para sobrevivir y sufrían, pero a eso no se le dio importancia e incluso hoy, casi nadie es consciente de ello. Para acabar de estropear las cosas apareció el Obispo octogenario Cueto que ensalzó el espíritu de sacrificio de los de Alcañete, les llamó los mártires de hoy, apareció en todos los medios de comunicación y consiguió más de dos millones de seguidores en la red haciendo unos análisis teológicos que hoy parecen ridículos pero entonces se extendieron como la pólvora entre gente que nunca había pisado una iglesia. “Es pecado disponer de la propia vida salvo que sea como sacrificio por Dios o los demás”— adoptó un tono de voz diferente como si estuviese interpretando un papel, obviamente, seguía un patrón inconsciente en el que ésta era la parte dramática— “¡Qué

mayor sacrificio que entregarse a Dios cuando la vida solo es una carga para uno mismo y para los demás!”. La iglesia descalificó severamente esas opiniones pero de poco sirvió, el daño estaba hecho. Durante los siguientes años, ya después del compromiso, el Partido de los Jubilados bajó muchísimo, parecía que los mayores tenían que pedir perdón, de hecho muchos dejaron de votar. La idea de solidaridad y sacrificio se unió a la que defendían algunos seguidores del movimiento pro-muerte digna. El testamento vital se empezó imponer como prerrequisito para recibir determinados tratamientos y solicitar ayudas. La cláusula general, la que venía marcada si no se decía nada, era algo así como que la persona no quería ser mantenida con vida mediante sistemas o técnicas artificiales cuando la situación fuera irreversible o falta de dignidad. En caso de incompetencia se pedía al comité de ética del centro sanitario que tomase las decisiones, con prevalencia incluso sobre las de los familiares allegados. Las personas mayores que no firmaban este testamento vital eran automáticamente tildadas de egoístas y se exponían al recelo y a la censura por parte de los profesionales, además de negárseles algunos tratamientos con motivaciones peregrinas.

— Fue entonces cuando lo del Hospital Vista Blanca. ¿No? — Ana se había dejado llevar por la explicación. Le molestaba admitirlo pero esa mujer le estaba abriendo los ojos.

— Sí. Lo destapó un juez del Tribunal Supremo que había ingresado a su madre en un hospital por un problema respiratorio. Cuando, al cabo de unos días murió, el hijo sospechó que algo raro había pasado y utilizó su posición para forzar una investigación. En ella se detectaron tantas irregularidades que se acabó con un cambio legislativo profundo, hecho con prisas y con una enorme presión por parte de los medios.

En este punto hasta Víctor estaba prendado por la historia. Recordaba las noticias en las televisiones antiguas, las que iban colgadas en la pared, los recordaba con cierta nostalgia infantil, aquella historia era también la suya, y todo parecía encajar, aunque había algo en todo aquello que le daba vergüenza.

—El Juez había encontrado apoyo en algunas asociaciones y en un medio de comunicación crítico con el gobierno. En dos años se había descubierto una verdadera trama de asesinato de ancianos. Desde los gerentes de los hospitales, a los jefes de servicio y los miembros de los comités de ética: Todos recibieron formación sobre la necesidad de sostenibilidad del sistema, sobre la solidaridad y el sacrificio acuñados como conceptos jurídicos, sobre balanzas fiscales vitales, sobre dignidad en la vida y en la

muerte y todos recibieron incentivos económicos vinculados a la obtención de determinados niveles de eficiencia que solo se podían alcanzar si se reducía el tiempo de estancia hospitalaria, se limitaban los pacientes multiingresos y se cerraban casos definitivamente.

La opinión pública se había soliviantado cuando se desveló que en dos ocasiones, por error, se habían “cerrado casos” de personas jóvenes. Después se hicieron públicos los incentivos de los que participaban en el proceso y después dejaron de aparecer noticias sobre el caso. Lo importante pasó a ser que el Juez que había destapado todo era procesado por prevaricación al haber utilizado su posición para forzar cambios de prioridades en la policía, haber presionado al Ministerio Fiscal y haber difundido datos del sumario a los que, para empezar, no debería haber tenido acceso. El caso supuso la suspensión del Magistrado hasta su sobreseimiento cuatro años después.

— ¿Cómo se llamaba el Juez?— preguntó Víctor

— No me acuerdo— mintió la Sra. Esplugues— Se lo he explicado porque sin entender la situación de ese momento es difícil aclarar lo que fue la última reforma.

— Siga, por favor— intervino Ana.

— Y de ahí la situación en la que nos encontramos. A raíz de Vista Blanca se aprobó primero la tasa cero, el impuesto que tienen que pagar los ciudadanos de más de 42 años que no tienen hijos. En su primera versión como cantidad fija, después vinculada a ingresos y , a partir del año que viene como tasa proactiva cero.

— ¿Qué?— exclamó Víctor — ¿Van a volver a subir la tasa?

— No se preocupe, a usted no le afectará. Se trata de que a partir de Enero la tasa se empezará a cobrar a los mayores de 20 años con ingresos y sin hijos, pero se devolverá íntegramente en el momento en que se tenga el primero. De esta forma, en la práctica, los que alcancen los 42 años sin hijos acabarán pagando la tasa durante casi toda su vida además de sufrir una penalización en la pensión de jubilación.

— ¿Qué penalización?

— ¿No lo sabía? La tasa siempre ha llevado acompañada una penalización del 10% sobre el cálculo de la pensión de jubilación. Eso no es nuevo.

— Si llego a saber que me iban a joder tanto quizás me lo hubiese planteado.

— De eso mismo se trata—sonrió la profesora.

— La explicación es muy esclarecedora, pero no veo qué tiene que ver que matasen a personas en los hospitales con que pusiesen una tasa sobre los que no tengan hijos.

— La tiene. El Gobierno decidió articular un paquete de medidas para hacer viable y sostenible el sistema. Por abajo las medidas natalistas activas y proactivas, o sea, las que fomentan que tengamos hijos con ayudas directas y las que nos empujan a hacerlo con, llamémoslo... desincentivos. Por arriba unas medidas de solidaridad y sacrificio *más* efectivas— Margarita cambió el tono y levantó su índice remarcando ese aspecto— centradas en la persona y fundamentadas en la ética y la dignidad.

— Ahora me pierdo un poco. ¿Esto en la práctica..?

— En la práctica supone un gran esfuerzo por parte de varios equipos interdisciplinarios formados por profesionales de la medicina, la psicología y los servicios sociales de diferentes países que han sistematizado la relación entre expectativa, calidad de vida, autonomía, dignidad y CSP, o sea Coste Sociosanitario Previsto. Estos equipos han consensuado y validado una escala que oscila entre el nivel de vida plena y el de no-vida.

— O sea, ¿La muerte?

— No—respondió tajante—No frivolicemos. La muerte es la muerte. La no-vida es una situación en que, existiendo expectativa de vida, su calidad, la autonomía y dignidad están en subniveles y el CSP se sitúa por encima del triple del considerado promedio para una persona en un nivel de vida plena moderada—la Esplugues no quería ser interrumpida—. Esto que les estoy diciendo no se parece en absoluto a lo del Hospital Vista Blanca. Aquí, hay unas valoraciones que se han contrastado y se revisan bienalmente. Su madre, por ejemplo, tiene noventa y dos años por lo que debe ser la tercera vez que se somete a la valoración. Me han comentado que hasta ahora había estado en niveles dos bajos y que en ésta ha alcanzado el 3C. Sin ver el informe completo no puedo asegurarlo, pero, con casi total seguridad debe haber subido algún ámbito de discapacidad y dependencia y debe haberse detectado algún deterioro cognitivo con altas Posibilidades

de Declive Súbito.— le dio un último sorbo al café, ya frío y miró a Víctor— ¿Ha ingresado en un hospital durante el último año?

— Sí, dos veces, pero fueron estancias cortas por unos vértigos. — Victor habló dubitativo.

—La estabilizaron rápidamente— dijo Ana—Además fue a centros privados precisamente para que no se le incrementase el copago por multiingresismo.—quería demostrar que ella también conocía aspectos técnicos.

— Da igual dónde ingresase, el sistema cruza datos con todos los centros públicos y privados. Por lo que me dicen la valoración está bien hecha. Por supuesto puede pedir una revisión pero, saben que la tasa depende de la capacidad económica y, si es así, solo habrá un retraso de un mes o seis semanas. Me parece que lo más lógico sería no pedirla.

— ¿Puede parar un momentito? — Ana levantó la mano como quien pide permiso para hablar en clase y durante un segundo miró primero a su hermano y después a la mujer con quien compartía mesa.

— Hay algo que no entiendo. Yo ya sabía lo que supone que mi madre tenga un nivel 3C. Sé que si ella no se decide se le aplicará un copago punitivo, o sea que se quedará, sin nada y nosotros sin posibilidad de heredar. Sé que se nos puede exigir a los familiares directos el establecimiento de un depósito de provisión de gastos e incluso que nos pueden embargar los bienes y hasta el sueldo si no conseguimos constituir el fondo. Ya sé que es muy caro pedir una revisión del nivel y que casi nunca la dan.—Ana hizo una pausa y se creció en la silla, erguida como un animal en guardia—. Lo que le aseguro que no sé es por qué nos está dando usted esta clase de historia si acaba diciéndonos que no nos puede ayudar. Y todavía entiendo menos qué tipo de asesoramiento nos quiere vender su equipo—el cambio de tono al decir la última palabra dejó bien claro que estaba harta del tono profesional de su interlocutora.

— Lo que mi hermana quiere decir...

— Oye, lo que quiero decir es lo que acabo de decir. Bastante mal lo estoy pasando para que vengas tú en plan condescendiente. ¿Puede usted o no hacer algo?

—No queremos que mamá sufra—dijo Víctor de la nada, que parecía estar en una conversación paralela—y si existe posibilidad de declive súbito o como se llame, más vale que hablemos con ella y procuremos que eso no ocurra, ¿verdad?

La Sra. Esplugues dejó un espacio de silencio de tres segundos que se hicieron largos y tensos durante los cuales no cambió su semblante de forma que cuando empezó a hablar en tono tranquilo dejó claro que estaba en total dominio de la situación.

—En primer lugar, sepa que entiendo perfectamente su enfado—dijo a Ana—Disculpe, entiendo que para ustedes esto está siendo muy duro. Le pido perdón por haber parecido fría o distante y le ruego que me preste atención solo unos minutos más.

Ana no estaba preparada para una respuesta tan atemperada. Esa mujer era una profesional. Sabía que en esta reunión se estaba jugando un cliente que podría ser bastante lucrativo y estaba dispuesta a utilizar todo el arsenal de empatía fingida que había adquirido durante años de ejercicio profesional, cursos y seminarios.

— Veo que usted conoce bien el procedimiento del copago punitivo y el fondo de provisión. Di por sentado que no estaba tan informada. Le pido disculpas. Pero permítame que le diga que hay algo que no ha comentado y en lo que sí le podríamos ayudar: el Programa de Apoyo a la Toma de Decisiones, ¿conocen el PATD?.

— A mí me lo ha comentado un amigo que es el que me ha recomendado que hablase con usted.— dijo Víctor, tamborileando la mesa con los dedos en un intento de recuperar la compostura.

— No—confesó Ana—. Y le aseguro que me empiezo a cansar.

—Es un programa que actualmente está en fase de pilotaje. Les cuento: Todo el Sistema Mejorado de Medidas de Solidaridad y Sacrificio se fundamenta en que cada uno tome la decisión sobre su propia persona. Si alguien pierde la capacidad cognitiva, nadie puede tomar la decisión por él. Imaginen que alguien llega a un nivel 3C o 4. En esa situación existe un riesgo de que pierda en poco tiempo la capacidad de decidir viéndose obligado a vivir una no-vida sin que pueda hacer nada por evitarlo. Esa persona puede tener familiares directos que verán cómo su ser querido y ellos mismos sufren los perjuicios económicos que ustedes ya conocen, sin que, de nuevo, nadie pueda hacer nada. Pues en esos casos entra el PATD. Al programa se pueden acoger familiares directos de la

persona que, una vez comprobados los requisitos, disponen de cinco días para ayudar a la persona a tomar la decisión. Si finalmente todo acaba satisfactoriamente, los familiares acogidos al programa pueden beneficiarse de unos incentivos económicos.

— ¡Ahora entiendo! O sea que, si participamos en *El Programa* y nuestra madre decide *lo correcto* nos darán dinero. Y aquí entra el interés de mi hermanito.

— ¡Ana! No te enfades todavía. Déjale que te lo explique y verás que no es lo que crees.

— Esto me está empezando a dar asco—contestó a su hermano, su respiración se aceleró, como si intentara contener sin éxito una cascada de sentimientos que ni ella misma comprendía —Es que yo acabo de estar con mamá. La he intentado convencer, la he acusado de ser egoísta pensando en la faena que me hace si tengo que poner el dinero. Y ella no quiere. ¿Ahora tengo que volver a intentarlo pensando que voy a cobrar?

— No, no. No lo piense así, mujer, se trataría más bien de un paquete de incentivos fiscales a medio plazo. Un comité ha estudiado cuáles son..

— Un segundo, ¿está diciendo que...?

— ¡No Ana, espera tú a hora!. Déjale que te explique todo y entonces decidimos.

— Por un lado, obtienen una exención del IVA en la factura funeraria, una supresión total de gastos notariales y tributarios en la sucesión. Una reducción de la base del 10% en el IRPF durante los próximos dos años y una suspensión durante cinco de la tasa cero.

Víctor parecía relamerse mirando a un punto indefinido mientras en su cabeza bailaban cifras.

— Antes de que empiecen a discutir, hay un detalle más. En conjunto es un paquete de incentivos importante, aunque el sistema intenta que nadie se acoja al programa sólo para obtener ventajas económicas. Sobre todo, se debe respetar la voluntad de la persona. No se toleran el abuso ni las presiones ilegítimas. Por eso y para que la cosas se hagan bien, el programa exige que intervenga un Equipo de Asesoramiento y Acompañamiento especializado prestado por una consultora acreditada.

— ¿Ustedes?

— Sí, el equipo interdisciplinar con que colaboro ha sido de los primeros acreditados por el PATD. Por supuesto, si deciden hacerlo, pueden contratar a otro equipo.

— ¿Contratar?

— Sí. Según el programa ustedes tienen que contratar al equipo y al finalizar el proceso, siempre que la conclusión sea satisfactoria, recuperarían el 90% de la cantidad pagada. El otro 10% lo recuperan sobradamente con los otros incentivos.

— ¿Y no se puede participar en el programa sin el equipo?

— No. Precisamente el equipo es la clave para que siempre se respete la voluntad de los acogidos al Programa. Nosotros somos un apoyo profesional para la persona que debe tomar la decisión, nos aseguramos de que la familia no ejerza presiones poco éticas o contrarias a la autonomía y la dignidad.

— A ver si lo he entendido—Ana empezaba a hacer confeti del sobre de azúcar— Hace unos años pagaban a comités de ética para que informasen sobre casos de eutanasia y acabaron matando a viejos y forrándose—la Sra. Esplugues arrugó la nariz y apretó los labios— Y como eso les pareció poco ético ... tenemos que pagarles para que comprueben que lo hacemos nosotros mismos, sin pasarnos y con la presión de que, si no lo conseguimos perdemos el dinero que les hemos pagado.

— Entiendo que le parezca una locura. Si lo reduce solo a los aspectos superficiales pero, créame, el PATD ha sido redactado por..

— Sí, sí, por un equipo de gente importantísima. Ya nos lo ha dicho tres veces.

— No, por *varios* equipos. El PATD, es ahora un proyecto piloto, pero estoy convencida de que puede suponer un cambio radical en los años que tenemos que afrontar en que la generación egoísta se acerca a sus últimos años de vida.

— ¿Generación egoísta?

— Perdona. No quería haber utilizado la palabra, aunque estará de acuerdo conmigo en que, si los que ahora tienen la edad de nuestros padres hubiesen sido un poco más sacrificados cuando eran jóvenes no nos veríamos obligados ahora a tomar decisiones tan extremas.

Víctor hacía un rato que no decía nada. El tintineo de la cuchara mientras apuraba el final de la taza era su única aportación.

— Ana, si lo piensas, sí lo fue—dijo, al fin—Su generación sabía que el sistema de pensiones no aguantaría si no hacían algo, pero no hicieron nada. Los avisos sobre el medio ambiente existían. La desigualdad existía. Ahora todo ha explotado. Nunca ha habido tantos viejos, el desequilibrio atmosférico está aquí y encima está la explosión del sur y la amenaza de la nueva migración climática. Si no hacemos algo ¿Cuánto tardarán en invadirnos?

— ¡Víctor! Deja esas chorradas de colgado antisistema. ¿Ahora eres extremista?

Víctor, que se había asustado de sus propias palabras se quedó callado, dejó la taza en el platillo y miró fijamente la mesa que tenía delante.

— Perdonen que me meta. Creo que su hermano exagera, pero, si lo piensa bien su madre ha tenido una buena vida. Según me ha contado, estuvo felizmente casada solo una vez y les tuvo a ustedes. Eso es algo que no le puede quitar nadie. Ahora puede tener un final correcto. Y ustedes le pueden ayudar. Olviden los beneficios fiscales y piensen solo en ella. Si tiene un 3C, tiene un 90% de posibilidades de morir en los próximos 3 años, con un enorme grado de dependencia, sufriendo ella y ustedes— al decir esto, la Sra. Esplugues bajó el tono hasta sonar algo maternalista—. No están solos, no son los primeros ni serán los últimos que vean a su madre en una situación deplorable en la que no puede tomar las decisiones más ínfimas. Ha llegado hasta aquí. ¿No creen que es mejor que las tome ahora, con ayuda suya y ayuda profesional?... ¿Con la aprobación de la ley y el estado y ayudándoles a salir adelante?

Ana pagó la consumición y se levantó empujando hacia atrás la silla con fuerza.

— Hazlo tú— miró a su hermano con la mirada más dura de la que fue capaz—, y quédate las ayudas, pero déjame en paz.

— Ana, por favor, no te enfades, pero, no puedo hacerlo solo. Te necesito en esto.

Víctor fue a buscar la mano de su hermana al otro lado de la mesa.

— No es cierto, si tú le pides algo a mamá, te dirá que sí. Pero tienes que pedirselo tú.

— El problema es que no es solo eso. — Víctor se mordió el labio inferior, calló un momento y se lanzó. — Necesito que pagues tú el asesoramiento del equipo.

— O sea, que solo estoy aquí porque necesitas mi dinero.

Ana se puso en pie, decidida a marcharse sin decir una palabra más.

— ¿Lo hablarás con Álex?

— Mamá no es egoísta— espetó, y se fue.

* * *

Miraba el aparador virtual del pasillo del tanatorio. Algo estaba mal en todo aquello, los ataúdes bien etiquetados, los colgantes en los que podías poner las cenizas con su precio en números luminosos, sus pantallas con los apellidos del muerto... Religioso o laico, con o sin música, las flores, las tarjetas, los números de serie que seguían a los nombres de las tarjetas...Modelo Nube - N°543, Modelo Hasta siempre -N°768, Modelo Siempre con nosotros - N°736...

—Disculpe—dijo la chica del Tanatorio, vestida con un traje chaqueta gris y una corbata finísima, sonriente con el punto justo de respeto en la mirada— ¿Está considerando cambiar la opción que consta en el proyecto inicial?

—No, claro que no.

Yendo hacia la sala en la que estaba su madre, jugaba a adivinar el perfil del difunto de cada uno. Pocas lágrimas, conversación distendida, muchas personas de edad... una persona mayor Caras congestionadas, ojos llorosos, abrazos prolongados...muerte imprevista. En el fondo le molestaba todo aquel dolor ajeno pero no podía evitar ver lo distintas que eran unas despedidas de las otras, estaban fragmentadas, era como si los familiares de distintas salas ni se vieran entre ellos.

Sentada en la primera fila de una sala de despedida disfrazada de capilla, Ana sentía sobre su mano la de Alex, que desde hacía dos días se mostraba extremadamente

cariñoso. Sabía perfectamente que en esos momentos Ana no necesitaba demasiadas palabras. Tan solo saber que él estaba allí.

Su madre ya no estaba. Y allí estaba Víctor, simulando abatimiento, dolor que ella no lo creía capaz de sentir, pero ¿quién sabe? Tal vez el hecho de que ella lo hubiera elegido para acompañarla en los últimos momentos le había movido algo... ¿el qué?

—Apreciamos su generosidad—dijo alguien, Ana levantó la mirada y abrazó al enésimo conocido que venía a darle el pésame, intentando disimular. En realidad no estaba triste, no había llorado.

Su madre había pagado por adelantado su propio entierro varios años atrás. Había diseñado la ceremonia; elegido el ataúd en el que sería expuesta y la urna en que se depositarían sus cenizas tras la incineración. Incluso qué música tenían que poner durante la ceremonia y qué textos deberían ser leídos.

Ahora, oía hablar a la diácona y a los intervinientes como sonidos lejanos y sin sentido. Solo algunas palabras sueltas como “gran sacrificio” o “amor por los demás” traspasaban la barrera de su ensoñación, hasta que vio a Mariona Conillera, una buena amiga de su madre de pie ante el altar. Mariona era una mujer un par de años mayor que su madre por lo que casi llegaba a los cien. Aparentaba la edad que tenía y parecía costarle mantenerse en pie, con unas gafas gruesas pasadas de moda y unas hojas de papel escritas a mano que temblaban con ella. Le parecía una imagen sacada de un libro de historia.

Víctor cambió incómodo de posición en el banco y se giró levemente hasta cruzar la mirada con Margarita Esplugues, ésta le lanzó un gesto inquisitivo al que él respondió con un sutil encogimiento de hombros.

Ana, quitando la mano de debajo de la de su marido, se enderezó y miró con atención esperando escuchar lo que tenía que leer.

— Mi querida amiga y yo, a la que hoy despedimos, teníamos un pequeño secreto, quedamos hace unos años ya, que la primera en morir leería una pequeña carta en el funeral de la otra. Siempre creí que ella leería mi carta, pero aquí estamos.—la señora se aclaró la voz con algo de dificultad se recolocó las gafas y comenzó a leer:

« Queridos amigos,

» Si Mariona os está leyendo estas líneas querrá decir que yo he muerto y ella no. ¡Felicidades Mariona!—, unas tenues risas y comentarios se reprimieron en pocos segundos—. Me está costando mucho escribir esto. Ya es el tercer día que me he puesto y hoy llevo un buen rato delante del papel. Como hacía años que no escribía nada a mano, espero que Mariona pueda entender bien la letra. ¿No hubiera sido más fácil grabar una nota de voz?

» Tengo ochenta y nueve años y me encuentro francamente bien, por lo que espero que este papel pase lustros descansando en el sobre. Lo primero que os quiero decir es que escribir pensando en la muerte me ha convencido de lo importante que es la vida y de lo mucho que me gusta vivir. Sé que soy vieja y espero llegar a serlo mucho más, pero no tengo por costumbre pensar en mi propia muerte.

En tres días será jueves y volveré a ver a Mariona y Lola para merendar y hablar como llevamos haciendo desde hace tantos años. Ese es mi futuro ahora mismo.

»Pienso en Ana, Víctor y en mis nietos. El mayor vendrá a comer la semana que viene y espera que le haga un regalo por su cumpleaños, tengo que decidir si comprarle algo o darle dinero. Tengo que hablar con el vecino de arriba sobre una mancha de humedad que ha aparecido en el techo de la salita y estoy pensando que, si hay que pintar, quizás cambiaré el color por uno más contrastado. En pocos días tengo que ir a una revisión médica, por lo de la tensión, lo de los huesos y porque ya no veo como antes. La máquina renquea pero estoy muchísimo mejor que mi abuela cuando murió, a los setenta, puedo estar contenta.

»Cada noche cuando me meto en la cama sé que tengo motivos para levantarme al día siguiente y pido a Dios que me regale otro día y, si puede ser, muchos años. Todas estas cosas, que parecen insignificantes, son las que configuran mi vida, todas esas pequeñas dudas, decisiones, pensamientos y planes son las que hacen del día a día algo que vale la pena. Creo que si muriese mañana, solo se podría decir que he tenido una buena vida. Mis padres me quisieron, Juan también, y su recuerdo tras morir tan joven me ha acompañado siempre. He tenido pocos pero buenos amigos y ahora afronto mis últimos años con bastante optimismo.

»Me imagino el día en que se lea esta carta, todos sentados menos Mariona de pié, ahora mismo, querida, aunque nos vayamos encogiendo con la edad, eres la más alta, te

regalo este momento para verlos a todos desde allá arriba—la señora de las gafas de pasta rió y volvió a ponérselas bien, sonrió y observó a la gente que, perpleja, seguía el discurso a medio camino entre la sorpresa y el horror— Espero que Ana esté sentada en la primera fila y aunque supongo que estarás enfadada pensando que, incluso después de muerta, tengo que avergonzarte en público diciendo cosas íntimas...Me da igual. Quiero que sepas tú y sepa todo el mundo que doy gracias a Dios por haberte tenido como hija. No sé si encontraré el coraje de hacerlo en persona antes de morir, así que le he dejado a Mariona este cometido:

»Te quiero muchísimo, eso es lo importante de verdad, aunque siempre has encontrado la forma de dar la vuelta a todo haciéndome sentir que no he hecho bien las cosas o que te he fallado, pero eso es una tontería, nuestros caracteres siempre han sido complicados. Envidio cómo te has sabido organizar, mejor que yo, y siempre has tenido las cosas claras, como has sabido educar a tus hijos, también mejor de lo que yo os eduqué a vosotros. Me tranquiliza saber que tú estarás allí siempre. Ojalá encuentre el coraje para decírtelo antes de que lo sepas por esta carta pero, si no lo hago, me siento feliz pensando que de alguna forma, sabrás que una de las cosas que más satisfacción me producen en la vida es saber que eres mi hija. ¿Recuerdas cuando te llevaba a clases de piano aunque no querías ir de ninguna de las maneras? Te pido perdón por presionarte, pero acabaste ganando trofeos, cariño. Mi consejo para ti es que sigas tocando. Tú me entiendes.

»Víctor, mi pequeño, te conozco más que tú a ti mismo y estoy segura de que ahora tendrás celos de tu hermana porque le he dicho cosas bonitas. A ti también te quiero. Espero que cuando estés oyendo esto tengas sentada a tu lado a una pareja con la que hayas tenido algún hijo, aunque a tu edad habrá sido una verdadera sorpresa. Llevo años convencida de que eso es lo que te falta para entender de verdad las cosas y para que seas feliz. Te lo he dicho muchas veces y tú nunca te enfadas. Gracias por hacerme sonreír tantas veces.

»Sé que te parecerá que mamá está riñéndote desde ultratumba pero, no puedo irme sin repetírtelo una vez más. Mi consejo para ti: escucha a Ana y céntrate. Sobre todo cuando yo no esté, escúchala, ella puede ayudarte para que no te hagas daño.

A toda mi familia y a mis amigos, en especial a Mariona: Adiós y gracias por todo. Gracias sobre todo por escucharme. Espero que me perdonéis por lo pesada que he sido

siempre y que cuando os acordéis de mí lo hagáis por alguna cosa bonita que os haya dicho o hecho.

»No me imagino el final aunque espero que haya sido algo bonito y emotivo. Me conforta pensar que habréis estado allí, apoyándome, queriéndome.

»Siento no haber podido ser yo la que esté leyendo el mensaje de Mariona, pero, ya se sabe, no nos es dado elegir el momento.

»Con afecto

»Raquel

Algo parecido a una ráfaga de aire helado recorrió la sala.

Víctor miraba fijamente el ataúd. Ana, al fin, lloraba: mezclando los sollozos con lo que parecían carcajadas. Aquellas palabras habían sido un bálsamo.

Buscó en el bolso un paquete de pañuelos y, notó el perfil metálico de un espejo de bolsillo que le había regalado su madre. Recorrió con los dedos el contorno frío y notó la superficie lisa del cristal, siguió examinando con el tacto la otra parte de la pieza notando el cálido tacto del esmalte. No necesitó sacarlo del bolso para visualizar la imagen pintada que tantas veces se había entretenido mirando: un lobo blanco caminando sobre la nieve perfilado contra un cielo negro estrellado. Mientras lo acariciaba con suavidad, levantó la vista y miró ella también el ataúd.

— Yo también, mamá. Yo también.